

FORÁNEAS: “Umbrales”

Iniciativa literaria de cinco autoras
iberoamericanas residentes en Alemania

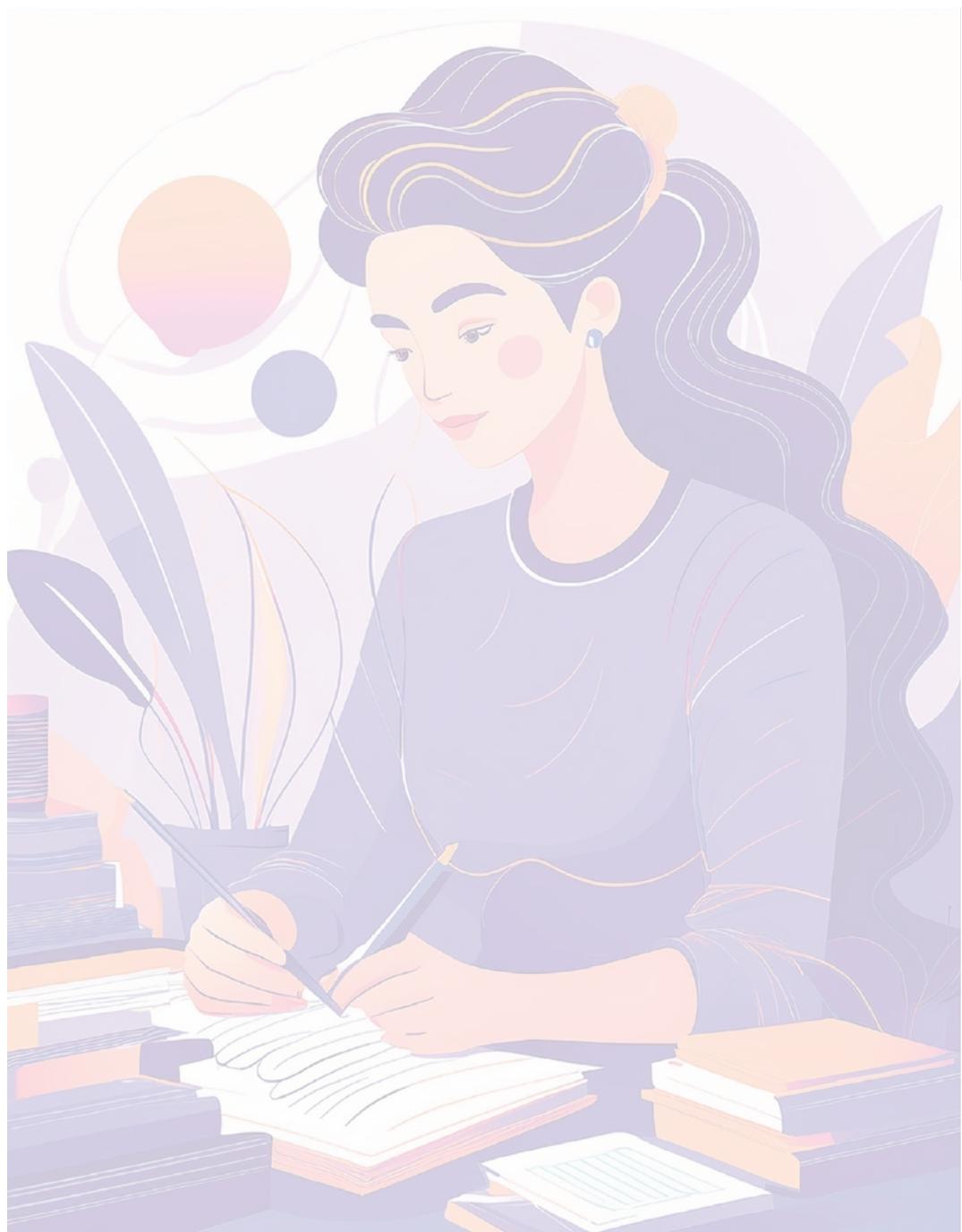


GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE INCLUSIÓN, SEGURIDAD SOCIAL
Y MIGRACIONES



Lucrecia Ruiz • Argentina
Melanie Dick • Argentina
Daniela Jiménez • Perú
Gabriela Vilchez • Perú
Mercedes Pérez • España





Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado:

<https://cpage.mpr.gob.es>

© Ministerio de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones

Autor: Subdirección General de la Ciudadanía Española en el Exterior y Políticas de Retorno

Edita y distribuye: Dirección General de Ciudadanía Española en el Exterior y Políticas de Retorno
José Abascal, 39, 28003 Madrid

Correo electrónico: sgcepr@inclusion.gob.es

Web: <https://ciudadaniaexterior.inclusion.gob.es/>

NIPO PDF 121-24-023-5

NIPO papel 121-24-024-0

Depósito legal M-20498-2024

La información y opiniones contenidas en este documento son responsabilidad de sus autores/as y no necesariamente reflejan la posición oficial del Ministerio de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones.

Concepto gráfico, maquetación e ilustración: [Ananda Culebras](#) A small graphic of a hand holding a pen or pencil, pointing towards the text.

ÍNDICE

- 7 INTRODUCCIÓN
- 8 PERFILES DE LAS AUTORAS
- 9 Gabriela Vilchez
- 10 Daniela Jiménez Chil
- 11 Lucrecia Ruiz
- 12 Melanie Dick
- 13 Mercedes Pérez
- 15 ADIÓS A LAS RAMBLAS. Por Gabriela Vilchez
- 21 ESPEJISMO. Por Daniela Jiménez Chil
- 25 LA LLAMADA. Por Lucrecia Ruiz
- 28 LEJANÍA. Por Melanie Dick
- 33 LUZDIVINA. Por Mercedes Pérez

INTRODUCCIÓN

Foráneas es un grupo de mujeres escritoras de diferentes latitudes, hispanohablantes y migrantes, que viven en Alemania.

Esta iniciativa literaria busca crear un espacio para un público que, al igual que sus integrantes, se encuentra en un lugar distinto y lejos de casa, transitando entre culturas y mundos diversos. Ellas viven en un estado liminal que se convierte en la condición perpetua de quien migra: no ser ni de aquí ni de allá.

Así son las escritoras que conforman Foráneas, cinco mujeres migrantes de diferentes países: Mercedes Pérez de España, Melanie Dick y Lucrecia Ruiz de Argentina, Gabriela Vilchez y Daniela Jiménez Chil de Perú.

En sus escritos, abordan sus experiencias desde una perspectiva femenina, dando voz a esa parte de la sociedad que a menudo permanece invisible. Las cinco integrantes participan en diversos eventos culturales, como ferias del libro y semanas interculturales, donde presentan sus creaciones literarias. Asimismo, sus textos se encuentran en la red social Instagram como @foraneas.de.



Perfiles de las autoras

Gabriela Vilchez

Gabriela Vilchez nació en Lima, Perú. Es miembro de la iniciativa literaria “Foráneas” desde 2022.

Reside en Alemania desde 2006, donde primero fue abogada y ahora se dedica a la estimulación musical y lingüística tempranas en español.

En el año 2019 publicó “Migralgias”, un poemario editado por Hanan Harawi Editores.

Escribe poemas, microrrelatos y cuentos y algunos de sus textos han sido publicados en antologías o revistas virtuales.

En el año 2020 cofundó la iniciativa virtual “Vigilia Poética. Un poema para resistir”.



Daniela Jiménez Chil

Daniela Jiménez Chil es peruana, tiene 28 años y llegó a Alemania hace 11. Estudió economía y filología y escribe desde que estaba en la escuela.

Escribe sobre lo cotidiano, la familia y la migración.

Le gusta contar historias y crearlas, también crear personajes y construirles su mundo propio.

Escribe para mostrar realidades, para criticarlas, para reflexionar y darles voz.



Lucrecia Ruiz

Lucrecia Ruiz es Argentina y vive desde hace 6 años en Alemania. Actualmente se encuentra estudiando asesoría de impuestos.

Es entusiasta de la literatura y el teatro y escribe sus propios relatos dejándose llevar por el momento, sin preocuparse del que dirán. Le encanta observar lo que la rodea y con su impronta plasmarlo en su diario personal.

Cuando Lucrecia escribe, se desahoga, ordena ideas y cambia su realidad.



Melanie Dick

Melanie Dick nació en la provincia de Córdoba, Argentina. Estudió comunicación social en esta ciudad y hace cinco años que vive en Frankfurt.

Su familia es de origen alemán y se enorgullece de ser lo que ella denomina un híbrido, lo que le permite vivir y apreciar lo mejor de dos realidades muy distintas.

Sus textos reflejan su curiosidad y forma juguetona, desenfada de ver el mundo.



Mercedes Pérez

Mercedes Pérez nació cerca del Mar Cantábrico.

Estudió filología alemana en Heidelberg y Frankfurt y a día de hoy es profesora de español y alemán como lengua extranjera en una escuela de Frankfurt. Reside en Alemania desde hace 26 años y se siente bien en este país, aunque le falta el sonido de las gaviotas...entre otras cosas.

Le encanta escribir la primera frase de una historia e ir caminando con ella hasta llegar al punto final.





**Gabriela
Vilchez**

ADIÓS A LAS RAMBLAS

Sintieron que la puerta de un coche se abría y se cerraba con fuerza a sus espaldas. De pronto una voz grave se filtró en el paisaje de postal.

— Ustedes ¿me pueden mostrar sus pasaportes?

Los rostros de Rosa y su hija Valentina palidecieron, sus manos temblorosas buscaban los pasaportes en sus respectivos bolsos.

Una hora atrás Valentina le había dicho a su madre lo feliz que estaba de poder pasar el fin de semana en Barcelona. Para una chica joven como ella, un paseo por la gran urbe era todo un acontecimiento. Vestía un top nuevo, sus vaqueros favoritos y se había soltado el pelo. Rosa, en cambio, se había puesto un vestido colorido largo y un sombrero para protegerse del sol. Ambas trabajaban cuidando a tiempo completo a una mujer mayor en un pueblo cercano a esa ciudad, pero ese fin de semana se habían tomado libre para encontrarse con unos viejos amigos.

Fabiana caminaba al lado de Mark unos metros más adelante cuando se dio cuenta de que quien había hablado exigiendo la documentación era un agente de la Guardia Urbana. Observó perpleja el control de los pasaportes de sus amigas.

— Oigan, los visados de turismo en sus pasaportes ya han caducado hace dos años. ¿Tienen el permiso de residencia vigente? ¿Las tarjetas de identidad?

Madre e hija quedaron como petrificadas. No dijeron nada, no movieron ningún músculo del cuerpo, no pusieron resistencia.

Entonces Mark, superando la vergüenza de hablar castellano con acento alemán, pero consciente de su situación favorable de turista europeo, se acercó al agente y le dijo que ellas eran sus amigas y que venían juntos. Por un segundo los rostros de Rosa y Valentina se iluminaron. ¿Sería posible que el policía hiciese una excepción y las dejase ir? A continuación, Mark y Fabiana mostraron sus pasaportes a pedido del agente. Rápidamente quedó claro que su documentación estaba en orden y que ellos estaban casados.

— Ustedes pueden seguir. Ellas tienen que venir con nosotros a la Comisaría.

Fabiana, quien por su origen sudamericano comprendía lo que era ser controlada de improviso, intentaba pensar cómo ayudarlas. De pronto miró al agente con determinación.

— Espere, yo voy con ellas.

— No es posible. Solo ellas están indocumentadas.

Madre e hija se vieron obligadas a subir al coche. Ingresaron con las cabezas agachadas, como si acabaran de ser condenadas por un crimen. Fabiana y Mark no soportaban ver a sus amigas en esa situación. Pensaron que lo único que podían hacer era no dejarlas solas en la comisaría. Entonces preguntaron por la dirección y el agente les respondió que estaba cerca de la Rambla de Santa Mónica.

— Vamos rápido, tomemos un taxi — dijo Mark.

Para mala suerte todos los taxis que pasaban iban ocupados. Él cogió su mapa y buscó la dirección de la comisaría. Calculó que les tomaría a pie una media hora llegar hasta ese lugar. La pareja echó a correr.

A pocos metros del monumento de Colón, preguntaron a un joven que tenía aspecto de extranjero, quizás de origen marroquí. Él les respondió que no faltaba mucho para llegar a la comisaría, era cuestión de doblar para la derecha, luego seguir de frente unas cinco o seis calles por el paseo de la Rambla. Le agradecieron y se despidieron de él. En ese momento un coche patrulla se estacionó. La pareja tuvo el impulso de ir a mirar si sus amigas estaban ahí, pero solo vieron agentes. Uno de ellos bajó del coche, cerró la puerta con fuerza y se acercó al chaval. Mark tomó la mano de Fabiana y dijo:

— ¡Qué está pasando hoy! La historia de nuestras amigas se está repitiendo aquí mismo delante de nuestros ojos.

Vieron al chaval buscar su pasaporte en los bolsillos de su pantalón. La pareja empezó a correr sin parar por el paseo poblado de quioscos, terrazas, florerías, pajarerías y estatuas humanas. Había tanta gente que tenían que abrirse camino casi empujando. Se sentían como salmones nadando contra corriente. Luego de un rato decidieron salir de ahí e ir por la acera del costado. Por fin divisaron la comisaría al final de la calle, tomaron una gran bocanada de aire e hicieron un último esfuerzo, faltaban pocos metros para llegar.

Una vez en el vestíbulo Fabiana se dirigió a la ventanilla de la recepción.

— Hola, quisiera información sobre dos mujeres, que acaban de ser detenidas. Por desgracia ellas están en situación irregular. El policía que las detuvo nos dijo que serían trasladadas a este lugar. ¿Están aquí?

— ¿Cuáles son sus nombres?

— Rosa Villanueva Rojas y Valentina Martínez Villanueva. Son de nacionalidad boliviana.

— Buscaré en la lista. Un momento por favor.

Mark y Fabiana comprobaron que no habían tardado más de media hora en llegar hasta ahí. Mientras más miraban el lugar, más gris les parecía todo. Luego de varios minutos el guardia dijo que no tenía ninguna información sobre la detención de las dos mujeres extranjeras. Entonces la pareja preguntó por otra comisaría cercana u otro posible lugar a donde se las pudieran haber llevado. El guardia no respondió más, el teléfono de la ventanilla sonaba sin cesar, tenía que atender la llamada.

Mientras esperaban comenzaron a elucubrar hipótesis, tal vez el coche patrulla no había regresado aún porque estaba recogiendo a más gente indocumentada. O tal vez el agente cambió de opinión y se las llevó a otra dependencia policial o directamente a un centro de internamiento para asegurarse que la medida de expulsión se cumpla. Se escuchaba tanto sobre las deportaciones. Algunos detenidos quedaban libres el mismo día, pero apenas regresaban a sus pisos, buscaban un nuevo lugar para vivir. Otros se acogían a un programa para el retorno. Otros no volvían a dar señal de vida, no regresaban a sus pisos ni por sus pertenencias ni por el dinero guardado en ellas.

El lento paso del tiempo los torturaba, caminaron con dirección a la acera. Ver la calle era como ver una película de ciencia ficción. Afuera

la gente andaba despreocupada, disfrutando de un día más de sol. En cambio, a ellos la incertidumbre los corroía, estaban atrapados del otro lado de la pantalla. De pronto, la aparición de una ambulancia los despertó de la pesadilla. Se hicieron a un lado para dejarla estacionarse. Entonces el guardia de la ventanilla se acercó hacia ellos para confirmarles que efectivamente ellas estaban en el interior.

Mark y Fabiana respiraron con alivio. Ellos querían saber cuánto tiempo sus amigas debían quedarse ahí, si tenían derecho a solicitar un abogado de oficio, si se iba a resolver con una orden de expulsión ese mismo día o si ellas debían abandonar el país en el acto, pero el guardia no podía darles más información en ese momento. El teléfono no paraba de sonar, tuvo que irse a atender otra vez.

— ¿Sabes una cosa, Mark? Ahora mismo voy a llamar a alguna organización, no pienso quedarme de brazos cruzados, hay asociaciones que se dedican a asesorar a las personas inmigrantes en casos como éste.

— Hay que esperar. Primero que nos digan qué medidas han tomado y luego llamamos. Igual las pueden dejar ir, ellas no son criminales.

Finalmente, el guardia soltó el auricular y los llamó para preguntarles si podían hacerse cargo de las dos mujeres.

— Debo decirles que la madre ha tenido un ataque de pánico al ser separada de su hija. Lo siento mucho.

Fabiana y Mark se abrazaron buscando consuelo. Sus corazones se estrujaron como si fueran de papel.

— El personal sanitario ya la está tratando. En cuanto la madre se estabilice, podrán salir las dos.

Al cabo de una hora aparecieron madre e hija secándose las lágrimas. Al reunirse otra vez los cuatro se abrazaron fuerte, como si no se hubieran visto en un siglo.

— ¿Qué traes en la mano? — preguntó Mark a Rosa.

— He recibido esta notificación — contestó con pesar.

— Déjame ver... es una orden de expulsión — confirmó Fabiana con tristeza.

— No les habíamos dicho, pero ya habíamos decidido volver a Bolivia. Incluso tenemos comprados nuestros billetes de viaje. Los mostramos a los policías, tal vez por eso nos han dejado ir. ¿Saben? vinimos por

trabajo, pero cuidar de una persona mayor con demencia de lunes a domingo es muy fuerte, no he parado de llorar en los últimos meses. La viejita se ha deteriorado tanto, ya ni nos reconoce. Ya no puedo más. Tengo que pensar en mí, en mis otros hijos, que esperan que regrese pronto y bien de salud. Esto ya no es vida. Es por eso que hemos decidido volver.

— ¿Cuándo? — preguntó Mark apesadumbrado.

— Dentro de dos semanas.

El silencio creció entre ellos, comprendieron que no se iban a volver a ver por un buen tiempo, o tal vez incluso nunca más. Bajaron las Ramblas sin percibir ni el ruido de los negocios, ni el tumulto de los transeúntes. Pasaron junto al monumento de Colón y caminaron un largo trecho rumbo a la playa. El sol se ocultaba en el horizonte tiñendo todo de rojo. Sobre la arena se podía observar cuatro sombras que tomadas del brazo avanzaban hacia la mar.



**Daniela
Jiménez
Chil**

ESPEJISMO

— Me ha dicho que me quiere—le cuenta a Sophie, quien me alza las cejas con incredulidad y me responde *¿really?* con la erre alveolar, y soplando el humo de su Galuoises.

— Yo le creo — le respondo convencida de que esa afirmación hará realidad el amor del que no estoy segura (del todo) como si verbalizarlo le añadiera veracidad. Otra vez Sophie sopla el humo por sus labios galos en esta noche, en la que mis pensamientos divagarán pensando en Lena y el mundo al que no pertenezco.

Mi familia no se podría imaginar que me encuentro tomando una cerveza en este bar tan antiguo de homosexuales, no podría decirles (incluso a pesar de los extensos kilómetros de distancia) que cuando toco la guitarra en realidad no pienso en los acordes, sino que me imagino acariciando la cintura pronunciada de Lena. Trato de no mencionarla en las conversaciones telefónicas con mi familia, que se hacen más esporádicas en eso que empiezo a disfrutar la vida en Fráncfort, y en eso que me doy cuenta de que me gustan las curvas sinuosas, las bellas dunas de su pecho, la esponjosidad de donde termina su horizonte (que supongo debe ser así). Pienso que son ya casi tres años desde que migré aquí, y que la distancia es eso que mejora toda relación cuando lo subyacente va mal. Con Lena, por eso, nos llevamos bien así, ella en Berlín regalándome minutos de su apretada agenda, y yo en un bar de Frankfurt con Sophie, quien minimiza mis problemas de migrante, y peor aún de lesbiana migrante, con mi familia que poco sabe de mi naturaleza.

— Pero no se conocen. You don't know each other — me sopla el humo otra vez, con los ojos entrecerrados y esforzándose hablar en inglés porque sabe que a mí me da pereza hablar en alemán y solo lo hablo con Lena, porque su lengua madre es el alemán y yo tengo que practicar, o así me lo dicen siempre. Pero este idioma es algo que simplemente no se me logra dar, y cuando pienso en los meses que me quedan con esta visa de estudiante del idioma pienso que estoy más próxima a pisar mi tierra a que una universidad en Fráncfort. A pesar de eso, hable cuando se me da la gana. Si tengo alguna forma de mostrar rebeldía que sea ésta, con el mutismo y aferrándome a la idea de evitar las salchichas, la salsa verde y todo eso que dice tener sabor, pero que no lo tiene de verdad.

Le respondo a Sophie que nos conocemos muy bien, que sé por ejemplo su color favorito y cómo le gusta el café, que le gusta hacer caminatas largas en el bosque y las raves. Y que vive en Berlín trabajando en una agencia de relaciones públicas. Es mayor que yo, pero eso no quita el sentimiento a través de la distancia, que es mucho más fuerte porque uno se echa de menos. Lena siempre está presente o conectada, a diferencia de Sophie y de otras amistades que he logrado hacer con el tiempo. Son esos vacíos que se llenan con mensajes de texto cuando la diferencia horaria me aparta de mi anterior vida. A pesar de intentar explicar las similitudes y nuestra alta compatibilidad Sophie permanece incrédula y no he logrado advertir de donde viene esa aversión a Lena. Quizás se deba que tanto ella como yo estamos jugando en este país de visitante, aunque yo un poco más que Sophie. Otra vez el humo nubla el hilo conductor de mis letanías para Lena y me concentro más en la forma en la que Sophie pronuncia la conjunción que la revelación que me suelta sin cuidado. Tampoco me gusta estar en Fráncfort y aquí estoy, sentada en un bar con ella, quien luego me reclama que, si estoy tan harta de Fráncfort, que mejor me vaya de la ciudad. Y eso me agrada de nuestra breve amistad: la economía con la que usa las palabras, sobre todo por su limitado vocabulario, se vuelve directa y anti anestésica (si esa palabra existe). ¡Si fuera tan fácil, Sophie! pienso. Pero claro que no lo sabe. Qué sabrá de ir a extranjería y toparte con los comentarios ásperos de los empleados, ir con cientos de papeles a justificar una estadía que está más que justificada. No, no creo que lo entienda. Ese es mi problema. De alguna manera mi problema es ella. Me descubre, me desnuda con esa revelación, y me guiña el ojo mientras me cubre de humo, que luego aspiro por la boca. Logro ver una chispa en sus ojos que alguna vez he visto a través de la cámara por la que veo a Lena. Tomo un sorbo más rápido, apresurada, casi molesta por el hecho de que no me gusta que analicen mi relación a distancia con Lena, y que minimicen mis ajetreo de migrante. Además,

mi madre estaría espantada de verme en este bar, con esta pulserita de colores, pienso. Sophie le da unos toques a su cigarro ya casi extinto. Pareciera apresurada, pero nada nos apura. Ella habla abiertamente con su familia (que también está lejos pero no tanto como la mía) de las mujeres con las que sale. Mujeres, que seguro están fuera mientras yo estoy con el cuerpo a la mitad. Sophie prende otro cigarrillo y me mira, me atraviesa con la mirada, como si quisiera revelarme o encontrarme en alguna parte de mi mente, o como si me analizara o intentara hacerlo para descubrirme antes que yo misma lo haga.

— Fuma uno conmigo — me alcanza un cigarro, y no le quiero confesar que aún me atoro al aspirar el humo. Cumplí hace poco los dieciocho y hay cosas que no se me dan, como esa, y como que las mujeres en esta ciudad sean todas un poco distantes. Me insiste porque ve que me resisto ante su imperioso mandato. Cómo decirle que no a Sophie. Empieza a sonar una canción que me encanta.

— Baby, you are like lightning in a bottle — toma de su cerveza mientras canta esa línea de la canción y me ordena bailarla con ella. Con el cigarro empieza a mover sus brazos y es inevitable no darme cuenta de que sus caderas no están hechas para bailar, pero pienso que sí para algo más noble como recibir a las mujeres que la visitan de vez en cuando, y pienso: cómo quisiera que las caderas de Lena sean así de generosas y hospitalarias como las de Sophie. Cómo quisiera que estuviera aquí en este bar Lena, pero también pienso que cómo quisiera que esta ciudad sea un poco más como la mía, y que mis amigos me rodearan bailando en lugar de personas desconocidas. Sophie se acerca, me brinda consuelo de alguna manera sentir como su cuerpo irradiia calor en esta ciudad tan fría. De pronto me doy cuenta del rayo del que habla la canción no se encuentra en los versos, sino al sur de mi cuerpo. Sophie se acerca y me lanza nuevamente el humo que ahora solo deja entrever sus ojos de gato, se me acerca y me digo a mí misma que no esperaba que el humo me supiera tan bien... pienso un segundo en Lena y agarro a Sophie de la nuca y enredo mis dedos entre su cabello. Sus ojos son fosforescentes y brillan al compás de las luces. Sus labios se acercan a los míos y chocan en un trueno. Entre el humo veo a mis padres mirarme fijamente, veo a Lena de cuerpo entero, tan diferente; me detengo aturdida, desorientada de no estar en casa.



Lucrecia Ruiz

LA LLAMADA

Sentada en el sofá de casa, con Luis, mi amado esposo a mi lado, tomé el celular y nerviosa llamé a mamá.

— Hola, mi pequeña princesa. ¿Cómo estás? — contestó.

No sabía cómo empezar. Ya sabía que tenía cáncer; mi tía me lo había dicho recién por mensaje de texto, pero no quería decirlo en voz alta. No quería que fuese real. “Cáncer,” una palabra que nunca había estado asociada a mi familia.

Mamá seguía hablando, contando su día sin mencionar nada. Entonces la interrumpí y dije: “Ya lo sé, mami”.

Ella respondió con palabras de lucha, amor y esperanza. Seguí su línea de pensamiento. Sin embargo, deseaba abrazarla. Terminé la llamada y quedé paralizada. Exploté en llanto. Mamá tenía cáncer de páncreas. Le quedaban pocos meses de vida. Dolor y sufrimiento la acompañarían.

Entonces me pregunté: ¿Qué estaba haciendo realmente en Alemania? Disfrutando de mi vida, según muchos: aprendiendo el idioma, feliz porque ya puedo responder 'Mit Karte, bitte' en el supermercado; viajando y conociendo pueblos encantadores; siendo mantenida por mi esposo. Todo parecía ideal desde Argentina. Sin embargo, la realidad era muy diferente: emigrar era complejo, las cosas cotidianas eran un reto, y aprender el idioma, adaptarse a las costumbres y hacer amigos se habían vuelto los objetivos más importantes.

Dejar mi profesión y empezar desde cero. Comprender que el cambio, aunque fue mi decisión, muchas veces duele. Me estresaba ir a una tienda, querer solicitar algo y no tener el vocabulario suficiente, sintiéndome tonta. En otro mundo de dificultades estaban los números. Ay, Dios, comprender que en alemán se cuenta de derecha a izquierda y en español de izquierda a derecha. Decir quinientos cincuenta y cinco

sin trabarse era un gran desafío. La nostalgia era una visita frecuente en casa. La frustración y la soledad eran fieles amigas.

En medio de mi discurso mental, en el cual todas las inseguridades salían a flote, tuve que enfrentar la noticia sobre mi mamá. ¿Debería tomar el primer avión e ir a acompañarla? ¿Cuánto tiempo debería estar allí? ¿Qué haría? Ya no tenía trabajo ni casa. ¿Mi esposo me enviaría dinero? ¿Me quedaría hasta el final? ¿Esperaría a la muerte? O quizás podría ocurrir un milagro y salvarse. Lo que si sabía es que mi nueva vida en Alemania estaría en pausa.

— ¿Estás bien? — interrumpió mi esposo, trayéndome de vuelta a la realidad.

— No lo sé — titubeé.

Él también estaba en pleno proceso de adaptación. No quería dejarlo solo... Además, enfrentaba el desafío de un nuevo trabajo y la gran responsabilidad de ser el único proveedor.

Me recosté en el sillón, con un fuerte dolor de cabeza tras tanto llorar y reflexionar. Dormí un par de horas y al despertar me sentí abrumada y desorientada. Luis estaba a mi lado

— Hola, hermosa — me dijo mientras acariciaba mi rostro. ¿Qué puedo hacer por ti? — prosiguió.

— Desearía que todo esto hubiera sido una pesadilla. Ojalá la llamada nunca hubiera existido y que mi mamá estuviera bien, le respondí.

Pronto volvieron a caer lágrimas por mis mejillas. Él me miró y no pronunció palabra.

— ¿Es una pesadilla? — pregunté con esperanza en los ojos y una sonrisa forzada.

Sus ojos se llenaron de agua y contestó:

— No, no lo es.

Con premura, me abrazó y besó. Fue entonces cuando comprendí lo que debía hacer.



**Melanie
Dick**

LEJANÍA

Una carrera exitosa. Reputación académica. Una casa de material de dos pisos y jardín en los suburbios. Un marido en forma y de exuberante cabellera. Dos niños risueños con cuadernos llenos de buenas notas. ¿Qué más se le puede pedir a la vida? Eh... ¡Stop! Todo muy lindo, pero esa no es su vida. Esa es nada más y nada menos que una fantasía, un deseo ferviente, ese que alguna vez construyó en su mente como un refugio que finalmente le daría sentido a su vida.

A sus ahora 36 años vive lo más remotamente lejos de esa fantasía. Vive otro mundo. Otra realidad. Otra vida. Lejos de su lugar de origen. Sola. Soltera. Sin hijos. Sin perro que le ladre. Sin gato que le maúlle.

Llegó a este continente hace diez años siendo una joven adulta. Con solo dos valijas, una en cada mano, para no perder el equilibrio. Desprejuiciada, ilusionada, lista para descubrir el mundo y que el mundo la descubra a ella. Ahora es una mujer con dos pies bien plantados en el medio de su vida. Aunque verdaderamente por más que haya pasado ya una década aún siente que su vida está partida al medio. Entre el aquí y el allá. Entre lo que es, lo que fue y lo que podría haber sido. Entre lo que se perdió o lo que, como ella dice, vivió de otro modo. Entre sus anhelos y sus frustraciones. Entre el sentirse de aquí, de allí, de todas partes y al mismo tiempo de ninguna. Hoy le tiene respeto al futuro. Ese que ya no está tan lejos. Ese que viene asomándose por la esquina, haciéndole una mueca irreverente. La carcome la incertidumbre, el que será, pero más que nada el que no será. Le asusta envejecer. Envejecer rápido. Que su cuerpo cambie, pero su mente no quiera hacerse cargo y hasta rechace semejante transformación.

Otro día de lluvia pasa inadvertido por el calendario. Otro día de falsa primavera insulsa camuflado de otoño desabrido. Otro día más que se pregunta y repregunta cómo hubiese sido su vida si se hubiese quedado allí, lejos. Otro día en que también se pregunta cómo sería si hubiese elegido otro destino. Cómo sería si aún lo hiciera, si tomase la no tan repentina pero sí drástica decisión de volver a las lejanías o apostar

todo a por un nuevo punto en el mapa, volver a hacer las maletas, una vez más, volver a embarcarse a lo desconocido, a un nuevo desafío.

Otro día de lluvia en el que sueña con los veranos e inviernos en Marbella, la alegría y cosa buena, ¡eehh Macarena!

Otro día en que le cuesta levantarse del sillón para contar las gotas de lluvia que resbalan por la ventana. También cuenta las canas que aparecen sin invitación. Analiza y evalúa qué peinado, qué forma de dibujarse la raya revelaría la menor cantidad posible de intrusos platinados. Si bien nunca se vio como una femme fatale siempre tuvo la impresión de haber sido una persona medianamente, relativamente deseable, atractiva. Pero ahora se siente distinta. Todo cambió de un día para el otro. En un abrir y cerrar de ojos. Ya nadie la mira. Pasa desapercibida. Se siente invisible. Pequeña, escondida. Atrapada en su propio cuerpo, atrapada en su propia mente.

Al haber vivido diez años en el exterior y haberse mudado a países donde se hablan distintos idiomas siente que ya no habla ningún idioma de forma debida, gramaticalmente correcta. Ni siquiera su lengua materna. En teoría habla tres idiomas con fluidez, en la práctica esa modesta fluidez se ve interrumpida por sendos tropezones. Pero lo acepta. Lejos quedaron los tiempos en que buscaba ser perfecta. Ya no le interesa. Pero sí un poco se cuestiona el deseo de aprender un nuevo idioma, porque siente que uno más sumaría confusión a la ensalada mental que cocina su cerebro. Aunque le encantaría hablar italiano. Porque lo ve apasionado, temperamental. Pero como otro más de sus deseos, simplemente lo reprime, lo aparta, lo aleja.

Sus amigos la definen como alguien simpática, buena gente, de pocas pretensiones. Le dicen que seguramente ya conocerá a alguien. Su terapeuta le recita cual mantra esa misma frase, aún con más fervor, aseverando que para todo roto hay un descosido, incentivándola a que ponga un aviso en el diario buscando pareja para formar una familia. Pero ella está cansada de las películas. Con esa propuesta absurda, las chances de que alguien "normal" conteste a ese anuncio son ínfimas, menos 100%. Lejanas.

Le cuesta hacer amigos en ese lugar frío de gente fría. Le cuesta abrirse, descubrir a otros y dejar que la descubran. Se pregunta si sería lo mismo en un lugar donde el promedio de temperatura ronde la veintena. En un lugar en que el reír a carcajadas no sea visto como una aberración. Vuelve a enfocar su mirada perdida hacia la ventana. Las gotas, cada vez más gordas, se aprietan con más y más violencia contra la ventana.

En este día gris se pregunta, ¿cómo haría, entonces, para conocer a alguien sin salir de casa? Otro día en el que se imagina qué pasaría si muriera. ¿Cuánto tiempo tardarían los vecinos en descubrir su cuerpo en descomposición? ¿A quién llamarían? En varias ocasiones había conocido hombres por redes y hasta en persona. Tuvo varias experiencias, algunas interesantes, otras decepcionantes, otras ridículas, otras entretenidas. Y otras tantas le dejaron el corazón hecho trizas. A esta altura incontables. A esta altura la ilusión de mujer joven con la que vino de otras tierras se fue esfumando con el paso del tiempo. Se fue esfumando, así como su sonrisa ingenua. Lejos quedó aquella expresión juvenil.

Hoy por hoy se siente joven para algunas cosas, pero vieja para otras. Le cuesta explicar este concepto con facilidad. Le cuesta administrar su energía. El cuerpo le comienza a crujir y rechinar en lugares, formas y situaciones antes inimaginadas, inesperadas. Se siente cada día un poco más tibia. ¿Será por el teletrabajo y la postura sedentaria durante las horas laborales? Se siente más pesada. Aunque contradictoriamente muchas veces se sienta vacía. ¿No debería por ello sentirse más ligera? Sabe que el cambio es la única constante, y lo abraza, pero al mismo tiempo le teme. Le teme salir a la vida. Le gustaría hacer tantas cosas, pero finalmente termina estancada sin hacer nada, sintiendo que solo el tiempo pasa. Coronavirus y la Pandemia le arrebataron dos años para sumarle una cierta dureza. ¿Pero a quién no se los robó? A todos y a cada uno de modo particular, impactándonos de manera distinta.

Sigue lloviendo. Se pregunta ¿dónde quedó esa persona valiente que salió de casa sin rumbo, sin agenda, sin plan alguno? Que recorrió países y países. Que abordó trenes, aviones y buses. Que hizo amigos y conexiones en distintas geografías. Que consiguió trabajo en apenas semanas. Que consiguió apartamentos en ciudades donde ese hecho cuenta como toda una odisea. ¿Adónde se han ido diez años de vida? Se compara con otros. Con los que se quedaron allí, lejos. Con otros que también se fueron. Con otros que parecen tener todas las respuestas. Pero solo debería de compararse consigo misma. Valorar todo lo que ha crecido. Si bien ella ha cambiado, sus sueños también cambian día a día, se van amoldando, la van acompañando. Y está bien que ya no sea la misma de antes y que se plantee distintas formas de vivir a su manera.

Lejos, al otro lado del planeta hay otra mujer deseando tener ahora 36 años, haber viajado, deseando haber vivido, aunque sea un año en el exterior, deseando haber tenido el coraje de por lo menos haberlo intentado. Lejos, al otro lado del mundo hay quien le gustaría estar sola y a gusto, de tener la posibilidad y el tiempo de descubrirse, de

quererse, de hacer y tener amigos y de poder refugiarse en ellos en tiempos adversos.

La lluvia va cesando. Mientras tanto llega a la conclusión de que luego de incontables semanas de diluvio tendría sentido pedir una campera que la proteja ante tal ocasión, chubasquero o como le llamen en distintas latitudes. Click, ¡el pedido fue confirmado! Con la campera naranja luminoso ya no tendría más excusas para quedarse encerrada. Debería finalmente salir de su apartamento. Salir a explorar al mundo. Ese mundo de lejanías y cercanías. Es muy consciente de que el paso del tiempo es indetenible. Que no tiene freno y que la única alternativa es simplemente seguir hacia adelante con el chubasquero bien puesto, cada día, por más insípido que sea.

Paró de llover. Quiere dejar de hacerse preguntas sobre cómo hubiese sido su vida de haberse quedado allí, lejos. Quiere dejar de hacerse preguntas para comenzar a encontrar respuestas. Respuestas sobre por qué su vida es como es. Ahora. Quiere dejar de esperar. De soñar con algo que está allí, lejos, inalcanzable. Quiere dejar de soñar para empezar a vivir. Quiere empezar a escribir su historia. Su realidad. Una realidad palpable. Una que ella quiera contar. Esa en la que ella es su propio rayo de sol entre tanta precipitación.



Mercedes Pérez

LUZDIVINA

El sol nacía detrás de las dunas regalándole al desierto un manto de gala. Ese no iba a ser un día cualquiera.

El tren que nos transportaba rugía atemorizante. Escupía sueños, remordimientos y esperanzas en una nube negra que quedaba impregnada en el cielo de Sonora. Lo llamaban la Bestia e iba alejándonos de los nuestros marcando un nuevo destino.

Bestia transformada en gusano de hierro.

Bestia que rompes el paisaje ocre del desierto.

Bestia que crujes huesos.

Bestia que quemas a fuego lento.

Bestia sin recuerdos.

Mamá llevaba tiempo en la misma posición y yo le presionaba las costillas. Sus tripas rugían de hambre. Intentó levantarse y al moverse me encajoné entre dos paredes y mamá gritó muy fuerte. Su corazón se escuchaba muy rápido. Cuando el tren hizo un amago de parar, la bajaron dos voces de hombre y después, muchas otras voces, esta vez de mujeres:

— Hay que llevarla rápido al refugio. Está a punto de dar a luz.

Afuera se escuchaba mucho ruido. Mamá gritaba mientras me presionaba más y más entre esas dos paredes. Las voces se entremezclaban con los latidos de su corazón, latidos cada vez más lentos, más espaciados, menos fuertes. Mamá gritó como quien se rompe y su corazón dejó de sonar.

Ese día nací yo para continuar su vida, para darle sentido a una decisión que la arrancaría de sus raíces y también cambiaría mi destino, un destino marcado por la pobreza y la resignación de los que no fueron tocados por la buena estrella.

Crecí en el refugio donde nací y donde sigo viviendo. Me crió Gabriela y me puso de nombre Luzdivina. Mi vida transcurrió entre fogones, preparando comida para los migrantes que recorrían miles de kilómetros en busca del sueño americano. El último tramo de su recorrido lo hacen en la Bestia y allí les esperaba yo junto con estas maravillosas mujeres llamadas Las Patronas. Gabriela me contó un día que, viniendo del mercado de la población de La Patrona, Guadalupe, en el municipio de Amatlán de los Reyes, en Veracruz, vieron pasar ese tren indomable. De sus hierros se descolgaban personas que pedían comida y agua para poder resistir el resto del trayecto hasta la frontera. Como movidas por un impulso, estas mujeres comenzaron a lanzar las bolsas que traían del mercado a los migrantes. Así lo hicieron un día tras otro hasta que se constituyeron en el colectivo de Las Patronas, grandes mujeres dispuestas a aligerar, si cabe, el trayecto de estos viajeros sin retorno.

La Bestia no para, repiten sus ocupantes intentando hacerse un hueco entre las mercancías de los vagones. Es un mantra que les obliga a estar muy despiertos cuando se suben en marcha. Algunos, no lo consiguen y son sesgados por las ruedas. La mayoría muere en las cunetas, pero algunos se salvan.

Recuerdo a Damián, un joven que fue engullido por las fauces del gusano. Se cayó al intentar atrapar una bolsa de comida. Lo socorrimos y un médico pudo salvarle la vida. Durante su convalecencia en el refugio, nos gustaba mucho charlar con él. Era un joven muy atractivo que nos tenía a todas encandiladas con su sonrisa. A cada una de nosotras nos juraba amor eterno y fidelidad por siempre jamás. Cuando pudo levantarse de la cama, comenzó a coquetear con la idea de volver a subirse a la Bestia. Con resignación tuvo que admitir que el vacío que había dejado la pierna que perdió en el accidente no le dejaría hacer realidad el "Sueño al otro lado de la frontera". A través de conocidos de más conocidos, pudimos localizar a su familia. Cuando Damián se marchó, nos dejó como recuerdo, aparte de su sonrisa, esta carta que pasó a compartir:

Queridas Patronas:

Ustedes son el cielo en el infierno. Su existencia es un pequeño gran alivio contra nuestra desesperación. Somos migrantes que huyen de la injusticia que nos ve nacer, migrantes que persiguen una ilusión que a veces se torna oscura.

Las llevo en el corazón a cada una de ustedes. ¡Gracias por salvarme la vida! ¡Gracias por existir!

Las quiere,

Damián.

Yo, Luzdivina Santos, nunca llegué a conocer el sueño americano. Nunca tuve la necesidad de hacerlo. Mi sueño se encuentra a este lado de la frontera con mis Patronas, en este refugio que me vio nacer. Cada día me levanto con una verdad que duele y sana al mismo tiempo. Cada día se repite la misma historia con otros nombres y otros rostros, rostros marcados por una verdad incierta, por un futuro que se encuentra en el fondo de un abismo muy oscuro, pero con el mismo sueño. Ese sueño que también tuvo mi madre y que me trajo hasta aquí.

Cada día voy a visitar su tumba y le doy las gracias por haberse enfrentado al miedo.



Fernández



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE INCLUSIÓN, SEGURIDAD SOCIAL
Y MIGRACIONES